

CAPÍTULO XIII

Los dos hermanos.

Un cuarto de hora después volvió Enrique : había visto (y todos podían ver lo mismo), había visto sobre una colina, que la noche había impedido distinguir hasta entonces, un destacamento considerable de tropas francesas acantonadas y atrincheradas.

Á excepción de un ancho foso lleno de agua que rodeaba el pueblo ocupado por los gendarmes de Aunis, el resto de la llanura empezaba ya á quedar en la situación de un estanque que se va vaciando, pues la inclinación natural del terreno empujaba las aguas hacia el mar, y muchos puntos culminantes volvían á presentarse como después de un diluvio.

El sedimento fangoso de las aguas había cubierto todas las campiñas, y ofrecía un tristísimo espectáculo el contemplar, á medida que el viento ahuyentaba los vapores extendidos sobre la llanura, como unos cincuenta jinetes metidos en el fango y haciendo inútiles esfuerzos para llegar al pueblo ó al menos á la colina.

Desde ésta se habían oído sus desesperados gritos, y por eso tocaban los clarines sin descanso.

No bien hubo acabado este viento de disipar la neblina, cuando Enrique vió ondear sobre la altura del vecino campamento la bandera francesa.

Los gendarmes, por su parte, izaban también el estandarte de Aunis y por uno y otro comenzaron á hacerse disparos de mosquetería en señal de júbilo.

Hacia las once se presentó el sol sobre aquella escena de desolación y de luto, secando con sus rayos algunas partes de llanura, y haciendo transitable la cresta de una especie de camino de comunicación.

Enrique, que se metió en el sendero, fué el primero en aperebirse por el ruido de los cascos de su caballo que efectivamente había allí un camino de herradura, que por un rodeo circular conducía desde el pueblo á la colina, y se persuadió al mismo tiempo de que los caballos se meterían hasta media pierna, ó tal vez hasta el pecho en el fango, pero que no quedarían sumergidos en él á causa de la solidez del terreno.

Quiso hacer la prueba por sí mismo, y como nadie le disputaba la gloria en tan peligroso ensayo, recomendó al cuidado del oficial á la dama y á su compañero, y emprendió la marcha.

Al mismo tiempo que salía del pueblo se vió bajar de la colina á un hombre á caballo, procurando, lo mismo que Enrique, meterse en el camino para dirigirse al pueblo.

Toda la cuesta pendiente de la colina que miraba á la población estaba cubierta de soldados espectadores, que elevaban los brazos al cielo y daban muestras de querer detener por medio de sus súplicas al imprudente jinete que arrostraba tan conocido peligro.

Los dos representantes de aquellos restos del gran cuerpo del ejército francés, recorrieron valerosamente el espacio intermedio, y pronto llegaron á conocer que su empresa era menos difícil de lo que habían pensado, y mucho menos que lo que temían cuantos los estaban mirando.

Un ancho hilo de agua que se escapaba de un acueducto, roto por el choque de un madero, se abría por el fango, y lavaba todos los barrizales de la calzada, descubriendo así el fondo del foso, que buscaban los caballos con admirable instinto.

Los dos jinetes sólo distaban ya uno de otro cincuenta pasos.

— ¡Francia! gritó el que venía de la colina.

Y al mismo tiempo saludó, quitándose la gorra adornada con una pluma blanca.

— ¡Ah! ¡Sois vos al fin! exclamó el joven lleno de júbilo. ¡Vos, monseñor!

— ¡Enrique! ¡Enrique! ¡Mi querido hermano! añadió el primero.

Y sin cuidarse del riesgo que corrían inclinándose á la derecha ó á la izquierda, partieron ambos á es-

cape, y en medio de las aclamaciones frenéticas de los espectadores de la calzada y de la colina se dieron un apretadísimo abrazo.

Al punto quedaron desiertos el pueblo y la colina; gendarmes y caballería ligera, caballeros hugonotes y católicos se precipitaron en el camino abierto por los dos hermanos.

Pronto ambos campamentos se hallaban reunidos en uno solo; todos los brazos buscaban compatriotas á quienes estrechar, y en aquel camino, donde pensaban hallar la muerte, se vieron tres mil franceses que al fin podían dar gracias al cielo y gritar: ¡viva la Francia!

— Señores, dijo un oficial hugonote, debemos decir todos ¡viva el almirante! porque después de Dios sólo debemos al señor duque de Joyeuse nuestras vidas en tan terrible noche y la felicidad de poder abrazar á nuestros compatriotas.

Una aclamación general acogió estas palabras.

Después de hablar los dos hermanos breve rato acompañando á sus palabras algunos suspiros, preguntó Joyeuse á Enrique:

— ¿Qué sabes del duque?

— Según parece ha muerto, respondió el segundo.

— ¿Es segura esa noticia?

— Los gendarmes de Aunis han visto su caballo ahogado y lo han reconocido por una señal particular. Dicho caballo llevaba aun pendiente del estribo á un jinete, cuya cabeza cubrían las aguas.

— ¡Noche terrible para la Francia! exclamó el almirante!

Y volviéndose á los soldados añadió en voz alta:

— Vamos, señores, no perdamos tiempo. En cuanto acaben de retirarse las aguas, seremos probablemente atacados : atrincherémonos hasta que recibamos noticias y víveres.

— Monseñor, contestó un oficial, la caballería no puede dar un paso, pues los animales no han comido desde ayer á las cuatro, y se mueren de hambre.

— En nuestro campamento hay cebada, contestó el oficial, ¿pero y los hombres?

— Ea, dijo el almirante, si tenemos cebada es cuanto por ahora necesitamos : los hombres viviremos como los caballos.

Hermano mío, observó Enrique al oído de Joyeuse, necesito hablarte á solas un momento.

— Es preciso que ocupemos el pueblo, respondió el almirante; elige en él una casa para mí, y espérame.

Enrique fué á buscar á sus dos compañeros.

— Ya estáis, dijo á Remigio, en medio de un ejército, y por lo mismo debéis ocultaros en el alojamiento que voy á escoger, pues importa mucho que nadie vea á esta señora. Durante la noche, cuando todos duerman, procuraré los medios necesarios de que estéis más libres.

Remigio se instaló con Diana en el alojamiento que les cedió el oficial de los gendarmes, que desde la llegada de Joyeuse había dejado de ser jefe de ellos.

Á las dos entró el duque en el pueblo al son de clarines, hizo que se alojasen las tropas, y dió severas órdenes para reprimir todo género de desorden.

En seguida dispuso una distribución de cebada á

los hombres, otra de avena á los caballos, y que se diese agua á unos y otros; destinó para los enfermos y heridos algunos toneles de cerveza y vino que se hallaron en las bodegas, y él mismo, en presencia de todos, comió un pedazo de pan negro y bebió un vaso de agua, sin dejar por eso de inspeccionar los puestos.

En todas partes fué acogido como un libertador, con entusiastas aclamaciones de gratitud y de cariño.

— Vamos, vamos, dijo á su hermano cuando se halló á solas con él, si vienen ahora los flamencos los atacaré, y por Cristo crucificado que si esto dura mucho los comeré vivos, porque á la verdad tengo hambre; y con todo, prosiguió arrojando aquel pedazo de pan que poco antes parecía devorar con ansia delante de los soldados, he ahí un alimento detestable.

Acto continuo abrazó á Enrique y le dijo :

— Hablemos ahora, querido mío. ¿Cómo es que te encuentro en Flandes cuando te suponía en París?

— Hermano mío, respondió Enrique, la vida me era odiosa en París, y me puse en camino para reunirme contigo.

— ¿Siempre por amor? preguntó Joyeuse.

— No, por desesperación; lo que es ahora, te juro, Ana, que no estoy enamorado, y que mi única pasión es la tristeza.

— Hermano, hermano, permíteme que te diga que has tropezado con una miserable mujer.

— ¡Cómo!

— Sí, Enrique; sucede con frecuencia que en cierto grado de maldad ó de virtud los seres creados

sobrepujan la voluntad del Criador y se convierten en verdugos y homicidas, cosa que también reprueba la Iglesia : así, pues, no hacer caso de los padecimientos ajenos por exceso de virtud, es una exaltación bárbara, es no tener caridad cristiana.

— ¡Oh! hermano mío, exclamó Enrique, no calumniéis de esa manera á la virtud.

— No calumnio á la virtud, Enrique, acuso al vicio y á esto se reduce todo. Repito, pues, que esa es una mujer miserable, y su posesión, por mucho que la desees, nunca te indemnizará de los tormentos que te hace experimentar. Lo que yo creo es que en casos semejantes debe el hombre hacer uso de sus fuerzas y ó de su poder, porque en vez de atacar se defiende legítimamente. Enrique, demasiado conozco que á haberme hallado en tu lugar hubiera tomado por asalto la casa de esa mujer, hubiera hecho con ella lo que con su casa, y que después, cuando, como toda criatura humana, que se muestra tanto más humilde con su vencedor cuanto indomable parecía antes de la lucha, viniese á arrojarle en mis brazos diciéndome : « Te adoro, » la rechazaría contestando : « Hacéis bien, señora; ahora os toca á vos, pues bastante he sufrido, para que vos también sepáis lo que es padecer. »

Enrique estrechó la mano de su hermano diciéndole :

— Seguro estoy de que no piensas una palabra de lo que me aconsejas.

— Te juro que sí.

— ¡Tú eres tan bueno, tan generoso!

— La generosidad para con todas las personas que no tienen corazón es ridícula.

— ¡Oh, Joyeuse! ¡Joyeuse! No conoces esa mujer.

— Ni quiero conocerla.

— ¿Por qué?

— Porque probablemente me haría cometer lo que otros llamarían un crimen, y yo tendría por un acto de justicia.

— ¡Oh! ¡mi buen hermano, exclamó el joven con una sonrisa angelical, cuán feliz eres porque no amas! Pero si os parece mejor, señor almirante, dejemos á un lado mi loco amor, y ocupémonos de la guerra.

— Como quieras; á bien que hablando de tu locura temo también volverme loco.

— Ya ves que carecemos de víveres.

— Lo sé, y he pensado en los medios de adquirirlos.

— ¿Los has hallado?

— Creo que sí.

— ¿Cuáles son?

— No debo moverme de aquí antes de recibir noticias del ejército, supuesto que la posición es buena y que estoy resuelto á sostenerme en ella contra fuerzas quintuplicadas; pero puedo enviar á tantear el terreno un cuerpo de exploradores, los cuales por lo pronto podrán proporcionarnos noticias, que es la primera necesidad para hombres reducidos á la situación en que nos hallamos, y también víveres, porque al cabo debemos confesar que Flandes es un país hermosísimo.

— No tanto, hermano, no tanto.

— ¡Oh! Yo sólo hablo de la tierra como Dios la

ha hecho y no como la han hecho los hombres, que siempre echan á perder las obras de Dios. ¿Comprendéis bien, Enrique, la locura que ha hecho nuestro príncipe? ¿Qué partida ha perdido? ¿Como le han arruinado en un momento la precipitación y el orgullo? Pero Dios ha recogido el alma del desgraciado Francisco, y no debemos hablar más de esto; pero lo cierto es que podía haber adquirido fama inmortal y uno de los mejores reinos de Europa, y sólo ha trabajado, ¿para quién? para Guillermo el Taciturno. Por lo demás, ¿sabes, Enrique, que los de Amberes se han batido bien?

— Y tú también, según dicen, hermano mío.

— ¡Oh! estaba en uno de mis mejores momentos, y además, me excitaba una cosa.

— ¿Cuál?

— Que encontré en el campo de batalla una espada conocida.

— ¿Algún francés?

— Sí.

— ¿En las filas de los flamencos?

— Á la cabeza de sus columnas. He aquí un secreto que es menester averiguar para que alguno haga juego con Salcedo, que, como sabes, fué descuartizado en la plaza de Greve.

— Por fin has vuelto sano y salvo, que es lo que más me importa; pero yo, que nada he hecho hasta ahora, necesito emplearme en algo.

— ¿Y qué quieres hacer?

— Te suplico que me des el mando de los exploradores?

— No, es un mando muy expuesto : no te diría

esto, Enrique, delante de nadie; pero el hecho es que no quiero proporcionarte una muerte oscura, y por consiguiente fea. Los exploradores pueden encontrar un cuerpo de esos infames flamencos que acometen con hielos y hoces : aun cuando queden mil tendidos en el campo, si permanece uno vivo, ése te hará dos pedazos ó te mutilará sin remedio. No, Enrique, no; si absolutamente te has empeñado en morir, te reservaremos otra cosa mejor.

— Hermano, concédeme lo que te pido por favor, pues tomaré todas las medidas prudentes que juzgue necesarias, y te prometo volver.

— Vamos, ya lo comprendo.

— ¿Qué comprendes?

— Quieres ver si la fama de alguna proeza tuya ablanda el corazón de esa mujer ingrata : confiesa que esto es lo que te hace insistir tanto.

— Si te empeñas en ello lo confesaré.

— Y á fé que tienes razón, porque las mujeres que se resisten á un grande amor se rinden generalmente á un poco de ruido.

— Por mi parte nada de eso espero.

— Pues serás tres veces loco si lo haces sin esa esperanza. Enrique, la única razón que tiene esa mujer para no amarte, consiste en que es una caprichosa que no tiene corazón ni ojos.

— Pero me concedes el mando que te he pedido, ¿no es verdad?

— Será preciso, puesto que tanto te obstinas.

— ¿Y puedo partir esta tarde?

— Cuanto antes, pues ya conoces que no podemos permanecer así.

- ¿Cuántos hombres he de llevar?
- Cien hombres nada más, pues no puedo darte mayor fuerza sin debilitar mis posiciones.
- Dame menos gente si quieres.
- No, pues quisiera poner á tus órdenes doble número : lo que exijo es tu palabra de honor de que si te atacan más de trescientos hombres te retirarás en vez de dejarte matar.
- Hermano, dijo Enrique sonriéndose, bien cara me vendes una gloria que me entregas de mala gana.
- De lo contrario ni te la entregaré ni te la venderé, y otro oficial mandará la partida.
- Dame las órdenes que gustes, y las obedeceré.
- Sólo empeñarás acción contra fuerzas iguales, duplicadas ó triplicadas, pero sin pasar de este número.
- Lo juro.
- Bien. ¿Qué cuerpo eliges para la expedición?
- Déjame tomar cien hombres de los gendarmes de Aunis, pues tengo muchos amigos en ese regimiento, y si los escojo es porque haré con ellos lo que quiera.
- Está bien.
- ¿Cuándo debo ponerme en marcha?
- Ahora mismo; pero procura racionar á los hombres para un día y los caballos para dos. Acuérdate de que deseo recibir noticias seguras cuanto antes.
- Todo se hará. ¿Tienes que darme alguna orden reservada?
- No divulgues la noticia de la muerte del duque,

y deja que crean que está en este campamento : exagera mis fuerzas, y si llegas á encontrar el cuerpo del príncipe, aunque ha sido un mal hombre y un mediano general, ya que pertenecía á la casa de Francia, envíalo custodiado con tus gendarmes á fin de que se le dé sepultura en San Dionisio.

— Bien, hermano mío. ¿Nada más?

— Nada.

Enrique cogió la mano de su hermano para besarla, pero éste le estrechó en sus brazos.

— ¿Me aseguras por última vez, le preguntó en seguida, que no empleas este medio como un ardid para que te maten los enemigos?

— Hermano, al reunirme á ti abrigaba ese pensamiento, pero te juro que ya no le tengo.

— ¿Desde cuándo?

— Hace dos horas.

— ¿Por qué razón?

— Perdóname, hermano mío.

— Bien, Enrique, bien; tus secretos te pertenecen.

— ¡Cuán bondadoso eres, hermano mío!

Los dos jóvenes se abrazaron con ternura por segunda vez y se separaron, no sin volver la cabeza muchas veces y saludándose con las manos y con cariñosas sonrisas.